



"¿Quién mató a Palomino Molero?",
de Mario Vargas Llosa

Ajedrez para piuranito que cantaba boleros

Alfonso Calderón

Existe en la última novela de Vargas Llosa una constante y prouija relación entre el tema y su escritura. Los párrafos, que resultan aparentemente monótonos, fríos y secos, sirven de soporte o de mecanismo detonante para una indagación policial.*

Los que han leído la prosa victoriosa de Conan Doyle, en las historias de Sherlock Holmes, o las pesadillas de esas brillantes descripciones sordidas y poéticas en las novelas mayores de Raymond Chandler, o el escalofriante papel del lenguaje en un texto de intriga mayor de Conrad, como El agente secreto, saben que un escritor que no logre integrar ambas cuestiones se condena al fracaso, y esto es frecuente en el tipo de relato del género.

No se trata de construir un edificio de madera que simule una vieja obra maestra de piedra, en la plenitud del gótico, a la cual se requiere evitar verla de cerca para descubrir las apariencias, y hay que tener en cuenta que los críticos literarios, esas termitas de largo aliento, suelen desarmar idealmente las construcciones que no satisfacen sus pasiones textuales. No hay en el relato de Vargas Llosa especulación narrativa, ánimo experimental ni lucimiento de un narrador deseoso de buscar El Dorado.

¿Puede alguien suponer que reaparece un aire de la tragedia griega en la historia de aquel joven delgado, cantor de boleros para ricas señas, enamorado, al parecer, hasta el fondo del alma de alguien que sólo podría tolerarse en la letra de un vals de Felipe Pinglo? Sin embargo, este Palomino Molero a quien acechan los gallinazos, después que los otros gallinazos, los uniformados, pasaron y lo convirtieron en un pingajo, surge como un Cristo de Götterwald. Vargas Llosa pone todo el cuadro en cinco líneas: "Antes o después de matarlo lo habían hecho trizas, con un ensañamiento sin límites: tenía la na-

riz y la boca rajadas, coágulos de sangre reseca, moretones y desgarrones, quemaduras de cigarrillos, y, como si no fuera bastante, Lima comprendió que también habían tratado de caparlo, porque los huevos le colgaban hasta la entrepierna".

Fue en vida un cantor, soldado de aviación quizá sólo por amor o por condición trágica de la vida, y es la búsqueda de la explicación y de la verdad, en contra de la opinión de la justicia y del Poder, que realizan dos policías, un teniente y el referido Lituma, lo que va a abrir la posibilidad de una historia bien urdida y sobria, desmontando el quehacer de esa malignidad que impera en el interior de un ámbito en donde el hombre se vale de todos los procedimientos para aceptar aquella tesis dual de un mundo en el cual rostros y máscaras se confunden. Se trata de una fantasía macabra, como pueden verlo *Edipo Rey* o *Antígona*, y Vargas Llosa va convenciendo al lector de que sus héroes van a triunfar, dando con la verdad última. Lo cierto es que, al *hollarla*, sacándola del inconsciente colectivo, todo recomienza como un problema de ajedrez macabro o un ejercicio matemático.



La eficiencia de la narración incluye una lectura de los mecanismos que Rulfo y Onetti llevaron a su efecto mayor, esos de adecuación de tonos del relato para dar una naturalidad cotidiana a lo que es parábola o artificio estructural. Por ejemplo, doña Lupe, testigo de lo acontecido a Palomero, cuenta con miedo y distancia, lo cual no impide eludir la tentación de la opacidad afectiva: "Allí estaban, protegiéndose del sol bajo la reclusión de esteras, tentados muy juntos y con los dedos entrelazados, un instante antes de que los cayera encima la desgracia. Él había inclinado su cabeza de rizos negros y cortitos sobre el hombro de la muchacha y, rozándole el oído con los labios, le cantaba: *Dos almas que en el mundo había unido Dios, / dos almas que se amaban, eso éramos tú y yo*". Un pantallazo, un eco, pero de allí arranca el punto de fuga de la historia.

El segundo intento válido consiste en el escudriñamiento por parte de los testigos, en el juego de la verdad, en la crítica del procedimiento, y es allí donde Vargas Llosa emplea a fondo el recurso de una negación dialéctica de la historia, un recurso que Agatha Christie usó en uno de sus escasos libros perfectos: *Testigo de cargo*: la *anulación de la verdad*, con el fin de probar la ambigüedad de lo real, en lo que, por cierto, se incluyen las historias que uno cuenta, se cuentan o deja que le cuenten, asumiéndolas como mitologías. Leer este libro no es un placer de segundo orden. □

* Mario Vargas Llosa, *¿Quién mató a Palomino Molero?* (Seix Barral-Sudamericana-Planeta, Barcelona, 1986, 190 páginas).

Ajedrez para piuranito que cantaba boleros [artículo] Alfonso Calderón.

Libros y documentos

AUTORÍA

Calderón, Alfonso, 1930-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ajedrez para piuranito que cantaba boleros [artículo] Alfonso Calderón. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile